Tu voz en mi cocina

No todas las historias deberían salir al aire



Laura Bellini

Tu voz en mi cocina

No todas las historias deberían salir al aire

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904589

ALL-IN Rafał Płonkowski

ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - La voz que no conocía el silencio 12
Capítulo 2 - Las reglas alrededor de una misma mesa 24
Capítulo 3 - Cuando se apagan los micrófonos 37
Capítulo 4 - Fuera del horario de trabajo 48
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 59
Capítulo 6 - El sabor del primer beso 70
Capítulo 7 - Lo que queda entre las palabras 81
Capítulo 8 - Un lugar donde no hace falta fingir 93
Capítulo 9 - Voces que merece la pena salvar 103
Capítulo 10 - Quédate hasta mañana 115
Capítulo 11 - Un lugar para dos 128
Capítulo 12 - La historia que no entregué 139
Capítulo 13 - El precio de una buena idea 149
Capítulo 14 - Todo lo que no nos dijimos 159
Capítulo 15 - La historia que no tenía derecho a contar 171
Capítulo 16 - El silencio entre las ventanas 183
Capítulo 17 - Con mis propias palabras 192
Capítulo 18 - Lo que no entregó a las ondas 202
Capítulo 19 - Una historia bajo mis propias condiciones 213
Capítulo 20 - Alrededor de nuestra mesa 224

INTRO

A las once y cuarenta y siete de la noche, la voz de un desconocido anunció al otro lado de la pared que las conversaciones más importantes de la vida tienen lugar alrededor de la mesa de la cocina.

En aquel momento, yo estaba descalza sobre las frías baldosas, con un cuchillo en una mano y medio limón en la otra. Sobre la encimera había siete hojas cubiertas de correcciones, y en el horno terminaba de hacerse un bizcocho que no pensaba servirle a nadie. Hornear a esas horas era mi manera de afrontar los plazos de entrega. En lugar de imaginar una catástrofe profesional, medía la harina. En vez de consultar el correo por vigésima vez, batía huevos.

Aquella noche tenía más motivos que nunca para hornear.

Dentro de tres días debía presentar a la editorial la propuesta definitiva de mi propio libro sobre cocina casera. Después de quince años corrigiendo recetas ajenas, salvando sesiones fotográficas desastrosas y convenciendo a los autores de que un vaso de harina no es una unidad de medida universal, por fin había conseguido la oportunidad de publicar un libro con mi nombre en la cubierta.

Berenika Żak. Treinta y siete años. Editora de recetas, capaz de detectar unas proporciones mal explicadas con solo oler un bizcocho, pero incapaz de decirle a su madre por qué llevaba dos años sin acudir a las comidas familiares de los domingos.

Por suerte, aquella segunda parte no tenía cabida en la propuesta editorial.

—La mesa de la cocina no es un mueble —dijo el hombre al otro lado—. Es el lugar donde las personas dejan de fingir que lo tienen todo bajo control.

Dejé el cuchillo.

—No todas —murmuré.

Mi mesa era precisamente el lugar donde intentaba recuperar el control de todo.

Vivía en el segundo piso de un antiguo edificio de viviendas en Nadodrze, un barrio de Wrocław. La cocina daba a un patio estrecho que separaba nuestro edificio del contiguo. La distancia entre las ventanas era tan pequeña que, con los años, había aprendido a reconocer las costumbres de los vecinos de enfrente. La señora mayor de la planta baja regaba las flores a las seis de la mañana. El estudiante del tercer piso solo tocaba la guitarra cuando tenía visita. Y, desde hacía una semana, alguien había montado un estudio de grabación nocturno en el apartamento situado justo enfrente del mío, a la misma altura que mi ventana.

Al principio no me había molestado demasiado. Una voz suave, una sintonía musical, alguna risa de vez en cuando. Era mejor que el anterior inquilino, que veía partidos todas las noches con tanta pasión como si fuera personalmente responsable del resultado.

Pero aquella noche la voz hablaba de cocinas.

De mis cocinas.

Y, sobre todo, hablaba de una manera preciosa.

Fue un descubrimiento irritante.

Tenía una voz grave y serena, y una forma muy particular de hacer pausas. No se apresuraba a pronunciar la siguiente

frase, como si supiera que alguien al otro lado estaría esperando para escucharla. No intentaba parecer inteligente. Hablaba como si estuviera contando una historia a una sola persona, sentada muy cerca de él.

Entorné la ventana.

La voz se apagó.

Durante dos minutos trabajé en el silencio que tanto había deseado, corrigiendo una frase sobre recetas familiares. Después me di cuenta de que no recordaba absolutamente nada de lo que acababa de leer.

Volví a abrir la ventana.

—...porque a veces el ingrediente más importante es precisamente el que nadie incluye en la receta.

Puse los ojos en blanco.

—Por ejemplo, la cantidad adecuada de mantequilla —comenté un poco más alto de lo que pretendía.

Al otro lado del patio se hizo el silencio.

Me quedé inmóvil, con el limón todavía en la mano.

—¿Mantequilla? —preguntó el hombre.

Miré hacia la ventana del edificio vecino. Detrás del cristal brillaba una pequeña lámpara. Alcanzaba a distinguir parte de una estantería, un micrófono montado sobre un brazo articulado y la silueta de un hombre inclinado sobre un escritorio.

—Sin duda, mantequilla —respondí, porque, después de haber abierto la boca, echarme atrás habría resultado todavía más vergonzoso.

La figura levantó la cabeza.

—Es una interpretación interesante de la intimidad humana.

—Y comprobada en la práctica.

Lo oí reír. Una risa breve, sorprendida, desprovista de aquella elegancia radiofónica.

—Estoy grabando —me advirtió.

—Y yo estoy intentando trabajar.

—Así que los dos estamos interfiriendo en el trabajo del otro.

—La diferencia es que yo lo hago desde mi propia cocina.

—Yo también.

Solo entonces me fijé en los azulejos que había detrás de él y en las ollas colgadas sobre la encimera. El micrófono estaba colocado sobre la mesa de la cocina, junto a una taza y un cuaderno abierto.

Aquello me sorprendió. Me había imaginado un estudio profesional, equipos carísimos y a un hombre hablando de autenticidad desde una habitación revestida de paneles acústicos.

En lugar de eso, estaba viendo a alguien que grababa en una cocina tan pequeña como la mía.

—¿Puedo preguntarle qué está preparando? —dijo.

—No.

—Entiendo. Secreto profesional.

—Bizcocho de limón.

—Y, sin embargo, acaba de decírmelo.

—Para terminar esta conversación.

Volvió a reírse.

Debería haber cerrado la ventana. Darme la vuelta, sacar el bizcocho del horno y regresar al manuscrito. En lugar de hacerlo, apoyé las manos en el alféizar.

El hombre se levantó de la mesa y se acercó. Llevaba una camisa oscura con las mangas remangadas. Bajo la luz cálida de la lámpara distinguí unas canas en las sienes y un rostro que me pareció más interesante que convencionalmente guapo. Me miraba directamente, sin timidez, pero también sin aquella seguridad arrogante que algunos hombres confundían con el encanto.

—Ariel —se presentó—. Ariel Róg.

El apellido me resultó familiar.

—Berenika Żak.

—Buenas noches, señora Berenika.

—Es casi medianoche.

—Entonces, que tenga un buen comienzo de mañana.

Sonreí antes de tener tiempo de decidir si quería hacerlo.

Desde el interior de mi apartamento llegó el pitido del horno. Giré la cabeza y, cuando volví a mirar por la ventana, Ariel seguía allí.

—El bizcocho —me recordó.

—Lo sé.

—No me culpe si se quema.

—Todavía no lo he decidido.

Saqué el molde, lo coloqué sobre una rejilla y contemplé durante unos instantes la superficie uniforme y dorada. Había salido bien. Al menos una cosa de aquella noche había resultado exactamente como la había planeado.

Cuando regresé a la ventana, mi vecino ya estaba sentado delante del micrófono.

—¿Puedo hacerle una última pregunta? —me llamó.

—Depende de la pregunta.

—¿Para quién ha preparado el bizcocho?

Miré la mesa vacía. La segunda taza que llevaba meses guardada en el armario. El teléfono, colocado con la pantalla hacia abajo para no ver otro mensaje de mi madre.

—Para mí —respondí.

Mi voz no sonó tan convencida como pretendía.

Ariel no hizo ningún comentario. Simplemente asintió.

—Es una buena razón.

Me sorprendió que no preguntara por qué estaba sola. No bromeó sobre comer a escondidas por la noche ni me pidió un trozo. Aceptó mi respuesta como si no necesitara ninguna justificación.

Me aparté de la ventana y me senté a la mesa.

En la primera página de mi proyecto aparecía un título provisional: «Recetas que perduran». Debajo había anotado ideas para capítulos dedicados a platos transmitidos de generación en generación. Cada receta iría acompañada de una breve historia, pero ninguna procedería de mi propia vida.

Sabía perfectamente por qué había elegido aquella estructura.

Dos años antes había accedido a contarle a alguien lo ocurrido durante una cena familiar que lo había cambiado todo. Mis palabras habían llegado mucho más lejos de lo que deberían. Desde entonces elegía con cuidado no solo a las

personas con las que hablaba, sino también los recuerdos a los que permitía encontrar una voz.

Ahora quería crear algo mío. Un libro en el que fuera yo quien decidiera qué historias quedarían entre sus cubiertas.

La pantalla del teléfono se iluminó con un mensaje de mi amiga Marta.

Recuerda que mañana a las nueve te llama la editora. ¿Y Berenika? Esta vez no le entregues tu historia a nadie.

Leí el mensaje dos veces.

Al otro lado de la ventana, Ariel comenzó otra grabación. Esta vez su voz era más suave, casi íntima.

—No todo lo que ha sucedido alrededor de una mesa tiene que ser contado. A veces basta con que alguien se siente a ella y escuche de verdad.

Me acerqué una vez más a la ventana.

Ariel me vio, se quitó los auriculares y apagó el micrófono.

—¿La estoy molestando? —preguntó.

Tenía preparada una respuesta sensata. Podía pedirle que terminara de grabar más temprano. Podía cerrar la ventana, volver a mi proyecto y olvidarme del hombre del edificio vecino.

En lugar de eso, señalé el micrófono.

—¿De verdad cree en lo que acaba de decir?

—En cada palabra.

—¿Incluso cuando la historia pertenece a alguien que no quiere contarla?

Su expresión se volvió seria. Durante unos instantes, entre nuestras ventanas solo se oyó el sonido de un tranvía que pasaba por una calle lejana.

—Entonces hay que saber cuándo dejar de hacer preguntas —respondió.

Lo miré durante más tiempo del que habría sido apropiado mirar a un desconocido.

Quería creerle. Y lo que me inquietaba todavía más era que deseaba volver a escuchar su voz.

—¿Y usted sabe cuándo parar? —pregunté.

Capítulo 1 - La voz que no conocía el silencio

A la mañana siguiente descubrí que el hombre del edificio vecino no solo tenía una voz extraordinariamente agradable, sino también la pésima costumbre de instalarse en los pensamientos ajenos.

Eran las ocho y diecisiete. Estaba sentada delante del portátil, con una taza de café frío, revisando por última vez la presentación para la editorial. En la pantalla aparecían fotografías de mesas familiares, recetas escritas a mano y platos que debían parecer preparados por una persona de verdad, no por un estilista gastronómico armado con unas pinzas. Todo estaba cuidadosamente elaborado. Incluso había elegido los colores de las diapositivas para que evocaran la calidez de una cocina hogareña.

Y, sin embargo, llevaba cinco minutos preguntándome si Ariel Róg era realmente capaz de dejar de hacer preguntas.

La noche anterior no me había respondido enseguida. Se había quedado mirando mi ventana durante unos instantes y después había dicho:

—Estoy aprendiendo.

Luego me deseó una noche tranquila y cerró su ventana.

Debería haber considerado terminada la conversación. En lugar de eso, busqué su nombre en internet.

Cuarenta y dos años. Presentador de pódcast y autor de reportajes sonoros. Dirigía un popular programa titulado «Entre palabras», en el que conversaba con personas sobre acontecimientos aparentemente cotidianos. Tenía fama de

ser capaz de descubrir historias extraordinarias en los interlocutores más discretos.

También encontré un breve vídeo de una entrevista que había concedido un año antes.

«Lo más interesante es aquello que la gente, al principio, no quiere contar».

Cerré el vídeo a la mitad.

Ahora, sentada a mi propia mesa, intentaba convencerme de que aquello no tenía ninguna importancia. El hombre vivía enfrente. Yo estaba preparando un libro. No había motivo para que nuestras vidas se cruzaran.

A las nueve llamó la editora.

—Berenika, tengo una noticia buena y otra un poco complicada —anunció Joanna Mirecka antes de que pudiera saludarla.

Joanna siempre hablaba así cuando quería ocultar una mala noticia bajo una capa de entusiasmo.

—Empieza por la buena.

—La dirección ha aprobado el enfoque del libro.

Durante un segundo me quedé inmóvil.

—¿De verdad?

—De verdad. Les gusta la idea de las recetas familiares y las historias relacionadas con la comida. Pero quieren un lanzamiento promocional más potente. Algo que permita a los lectores conocerte incluso antes de la publicación.

—Puedo preparar una serie de artículos.

—Habíamos pensado en un formato sonoro.

Miré hacia la ventana.

—¿Sonoro?

—Un programa breve. Varios episodios sobre las mesas familiares. Conversaciones, recuerdos, cocina. Estamos en contacto con una productora que precisamente está buscando un proyecto parecido.

En la pantalla del ordenador apareció un mensaje nuevo. Joanna me había enviado un documento titulado «Mesas en las que nos quedamos — propuesta de episodio piloto».

Debajo del nombre del programa figuraba el del presentador.

Ariel Róg.

Cerré los ojos.

—Esto tiene que ser una broma.

—¿Qué?

—Nada. Es que conozco ese nombre.

—Mucho mejor, entonces. Ariel tiene unos resultados excelentes. Su productora necesita a alguien que garantice el rigor culinario del proyecto, y nosotros necesitamos promocionar tu libro. Es una combinación perfecta.

—No voy a aceptar que se hable de mi vida privada.

Joanna suspiró.

—Nadie está diciendo que tengas que hacerlo.

—Entonces quiero que conste por escrito.

—Berenika, comprendo tus precauciones. Pero antes de rechazar nada, reúnete con ellos. Puede ser una oportunidad realmente buena.

Después de la llamada me quedé contemplando el documento durante un buen rato. La fecha límite para presentar el libro seguía siendo la misma. También se

mantenía la decisión de publicarlo. El programa sería un proyecto adicional, pero de su éxito podía depender la atención que la editorial dedicara a mi debut.

No me gustaban aquellos acuerdos. Especialmente cuando alguien los presentaba como una oportunidad evidente.

A las diez y veinte recibí un mensaje de un número desconocido.

«Buenos días, señora Berenika. Joanna Mirecka me ha facilitado su contacto. ¿Podríamos hablar del proyecto? Ariel Róg».

Respondí inmediatamente.

«Podemos. Siempre que esta vez no esté grabando».

La respuesta llegó unos segundos después.

«Se lo prometo. A menos que me exija pruebas».

No quería sonreír.

Sonreí.

Nos encontramos aquel mismo día a las cuatro de la tarde en una pequeña cafetería de la calle Łokietka. Elegí un lugar neutral, con grandes ventanales y mesas suficientemente separadas para poder conversar sin público.

Llegué diez minutos antes. Coloqué sobre la mesa mi cuaderno, el teléfono y una copia impresa del proyecto. Había preparado preguntas sobre el formato, el calendario, los derechos de las grabaciones y el procedimiento de aprobación de los materiales.

Para lo que no me había preparado era para ver a Ariel a la luz del día.

Entró puntualmente, vestido con unos pantalones oscuros y un jersey claro bajo un abrigo abierto. Era más alto de lo que me había parecido desde la ventana. Tenía los hombros anchos, los ojos ligeramente cansados y un cabello que, evidentemente, se arreglaba con los dedos en lugar de con un peine.

Se detuvo junto a mi mesa.

—¿Señora Berenika?

—Señor Ariel.

—Después de nuestra conversación de anoche a través del patio, tengo la impresión de que podríamos saltarnos las formalidades.

—Después de nuestra conversación de anoche, yo tengo la impresión de que deberíamos respetarlas con especial cuidado.

Sonrió y se quitó el abrigo.

—Una observación sensata.

Se sentó frente a mí y me fijé en que no había dejado el teléfono sobre la mesa. Se lo guardó en el bolsillo antes de pedir un café.

No sé por qué reparé en aquel detalle. Quizá porque, desde la noche anterior, pensaba en los micrófonos como objetos capaces de arrebatarle a una persona mucho más de lo que había pretendido entregar.

—Empecemos por lo fundamental —dije—. No quiero participar como protagonista del programa.

Ariel se reclinó ligeramente.

—¿Y en qué papel le gustaría participar?

—Como asesora editorial de contenidos. Puedo trabajar en las recetas, hablar con los participantes antes de las grabaciones y comprobar los datos. Incluso puedo proponer temas. Pero no quiero que mi vida se convierta en el contenido del programa.

—Lo entiendo.

—Me alegro.

—Todavía no he dicho que esté de acuerdo.

Arqueé las cejas.

—¿Perdón?

—Quiero crear un programa que tenga vida. No una colección de declaraciones de las que se hayan eliminado todas las emociones. Si invitamos a la gente a hablar de comida, tenemos que aceptar que también hablará de amor, de pérdidas, de vergüenza y de cosas que no se pueden ordenar dentro de una receta.

—Eso no significa que tengamos derecho a utilizar todo lo que digan.

—Por supuesto que no.

—Y, sin embargo, habla como si lo que más le interesara fuera precisamente lo privado.

Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Me interesa lo auténtico.

—La privacidad también es auténtica.

Durante un momento nos miramos en silencio. No apartó los ojos ni intentó desactivar mi oposición con una broma.

—Tiene razón —dijo finalmente—. Pero para mí un buen programa no puede ser simplemente un anuncio de un libro.

Tiene que tener sentido por sí mismo. Si vamos a trabajar juntos, no puedo prometerle que eliminaremos todas las preguntas incómodas.

—Y yo no puedo prometerle que vaya a responderlas.

—Eso, precisamente, no lo espero.

La camarera trajo los cafés. Ariel desplazó su taza para dejar espacio a mi documento, que ocupaba casi la mitad de la mesa.

—¿Me enseña su propuesta?

Durante los siguientes minutos le expliqué el proyecto, intentando no prestar atención a la intensidad con la que me escuchaba. No me interrumpía. No miraba el reloj. Cuando le mostraba las fotografías, se inclinaba sobre ellas con un interés que me resultaba imposible atribuir únicamente a la cortesía profesional.

Detuvo un dedo sobre la fotografía de una vieja mesa de madera.

—¿Por qué esta?

—Porque es imperfecta. Se ven las marcas de los recipientes calientes, los arañazos, una mancha de vino. Alguien ha vivido de verdad alrededor de esa mesa.

—No se ha limitado a posar para la fotografía.

—Exactamente.

—Entonces creo que queremos hacer lo mismo.

Lo miré con cautela.

—No estoy segura.

—Usted quiere mostrar cocinas reales. Yo quiero escuchar conversaciones reales. No tienen por qué ser objetivos incompatibles.

—Siempre que recordemos a quién pertenecen esas conversaciones.

Asintió.

—De acuerdo. Establezcamos unas reglas.

Sacó un cuaderno. En la primera página había varias frases escritas con letra pequeña. Solo alcancé a distinguir un fragmento: «La mesa como lugar de memoria. No nostalgia, sino elección de aquello que permanece».

Más abajo aparecía la palabra «silencio», subrayada dos veces.

—Empezaremos con tres conversaciones de prueba —propuso—. Sin publicarlas. Comprobaremos si el formato funciona.

—Y si la gente es capaz de conservar algún secreto en su presencia.

Soltó una risa suave.

—¿De verdad me considera una amenaza?

—Lo considero un hombre que se gana la vida profesionalmente con las historias de los demás.

—Es una definición bastante severa.

—Pero no del todo equivocada.

Me observó durante unos instantes y después cerró el cuaderno.

—Y usted se dedica profesionalmente a corregir las recetas ajenas. ¿Los autores siempre se alegran cuando les dice que han hecho algo mal?

—Normalmente, no.

—Y aun así lo hace.

—Porque, de lo contrario, al lector no le saldrá bien el bizcocho.

—Entonces ambos creemos que a veces es necesario decirle a alguien algo incómodo.

No me gustó que su argumento tuviera sentido.

Me gustó todavía menos que lo expresara con una sonrisa en la que no había ni rastro de triunfo.

A las cinco y media salimos de la cafetería. Sobre Wrocław comenzaban a acumularse las nubes y el aire olía a adoquines mojados. Caminamos en la misma dirección, porque nuestros edificios solo estaban separados por un pequeño patio.

—¿Puedo preguntarle por qué ha decidido escribir su propio libro precisamente ahora? —dijo Ariel.

—Porque antes estaba ocupada haciendo libros para otras personas.

—Esa es una respuesta profesional.

—¿Y esperaba una personal?

—Sentía curiosidad.

—No siempre es motivo suficiente para hacer una pregunta.

Aceptó la observación sin protestar.

Pasamos junto a una pequeña panadería de la que llegaba el olor del pan recién hecho. Se detuvo ante el escaparate, pero no entró.

—¿Sabe qué me ha interesado de su idea? —preguntó.

—Espero que la calidad de las recetas.

—También. Pero, sobre todo, que no intenta convencer a nadie de cómo debería ser el hogar perfecto.

Lo miré.

—No creo en los hogares perfectos.

—Yo tampoco.

Lo dijo con tranquilidad, pero hubo algo en su voz que hizo que no le preguntara por qué.

Nos detuvimos junto al portal de mi edificio. Ariel señaló el inmueble vecino.

—Si hubiera sabido que vivía tan cerca, le habría propuesto reunirnos alrededor de la mesa de la cocina.

—Habría sido demasiado literal.

—Y, sin embargo, más económico.

—Y menos neutral.

—¿Es muy importante para usted la neutralidad?

Lo pensé durante unos instantes.

—Lo importante es que pueda decidir por mí misma cuándo deja de ser necesaria.

Ariel se puso serio.

—Es una condición justa.

No sabía si seguía hablando únicamente del trabajo.

Antes de que pudiera responder, sonó el teléfono en el bolsillo de su abrigo. Miró la pantalla y apretó los labios durante un instante.

—Tengo que contestar. Es la productora.

Se alejó unos pasos. No intenté escuchar la conversación, pero vi cómo su postura relajada se transformaba en otra mucho más tensa. La llamada fue breve. Cuando regresó, su rostro había recuperado aquella expresión amable y profesional.

—Nos han dado una fecha para presentar la propuesta del episodio piloto —dijo—. Dentro de dos semanas.

—¿Tan pronto?

—Antes de lo que había previsto.

—¿Y si me negara a participar?

—Tendría que buscar otra solución.

Lo dijo sin intentar chantajearme. Aun así, de pronto sentí el peso de una decisión que todavía no había tomado.

—Mañana le enviaré una propuesta de normas —anuncié.

—Bien.

—Y no quiero más grabaciones nocturnas que puedan escucharse desde mi apartamento.

Sonrió.

—Eso sí puedo prometérselo inmediatamente.

Durante unos instantes permanecimos frente a frente bajo el aire frío de la tarde. De cerca distinguía las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y una cicatriz discreta en la barbilla. No tenía el rostro de alguien que siempre supiera qué decir. Más bien el de un hombre que había aprendido a buscar pacientemente las palabras adecuadas.

—Berenika —dijo en voz más baja.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre sin ningún tratamiento formal.

—¿Sí?

—No me gustaría que nuestra colaboración empezara con la convicción de que pretendo quitarte algo.

Tardé unos segundos en responder.

—Entonces no me quites nada.

Asintió.

Nos despedimos y cada uno se dirigió a su portal.

Aquella noche recibí un mensaje suyo.

«Te envío una descripción provisional del programa. Y una pregunta que no tiene nada que ver con el trabajo: ¿salió bien el bizcocho de limón?».

Abrí el archivo adjunto. En la primera página aparecía el título: «Alrededor de una misma mesa».

Debajo decía: «Conversaciones sobre lo que las personas conservan y lo que deciden contar».

Leí la frase varias veces.

Después respondí:

«El bizcocho salió perfecto. En cuanto al programa, todavía tenemos bastantes cosas que acordar».

Su respuesta apareció casi de inmediato.

«Las mejores cosas necesitan tiempo».

Contemplé la cocina vacía. La segunda taza que llevaba desde la mañana sobre el escurridor. La ventana detrás de la cual todavía no había ninguna luz encendida.

Por primera vez en mucho tiempo, el silencio no me pareció únicamente algo que necesitaba.

Me pregunté si, por casualidad, también había empezado a esperar que alguien lo interrumpiera.

Capítulo 2 - Las reglas alrededor de una misma mesa

El viernes por la mañana envié a Ariel un documento titulado «Condiciones de colaboración».

Tenía cuatro páginas.

Marta, a quien se lo había enseñado antes, lo leyó entero durante nuestro desayuno semanal en una pequeña cafetería cerca de la plaza Bema. Cuando terminó, dejó el teléfono sobre la mesa y me miró con una mezcla de admiración y diversión.

—Berenika, no has preparado unas normas. Has redactado una constitución.

—Quería evitar malentendidos.

—En el apartado tercero del punto seis prohíbes utilizar declaraciones escuchadas accidentalmente.

—Con razón.

—En el punto ocho estableces un procedimiento para eliminar grabaciones.

—También con razón.

—Y en el punto diez especificas que ninguna de las partes puede interpretar el silencio como consentimiento.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

Marta dejó el teléfono a un lado.

—Nada. Lo gracioso es que llevas diez minutos hablándome de su voz, de sus ojos y de su manera de escuchar, y después me enseñas un documento con el que intentas protegerte de enamorarte.